

Trascendencia de la vida y obra del

GENERAL RAFAEL REYES

en el Siglo

XX

Por Mayor General José Roberto Ibáñez Sánchez
Presidente Academia Colombiana de Historia Militar

A cien años de la iniciación de su gobierno y en momentos en que el país explora nuevas rutas para la concordia, el espíritu visionario del general Rafael Reyes cobra vigencia. Esta es la primera de dos entregas, que enarbolan el sentido patriótico de este Insigne ex presidente de Colombia desde el sinsabor de las contiendas hasta su acción decisoria en medio de las brumas de la guerra, trascendiendo la creación de la Escuela Superior de Guerra que, a través de diez generaciones, sostiene el destino de la táctica y estrategia militar de las tres Fuerzas.

A la distancia de un siglo de la fecunda existencia del general Rafael Reyes, su dimensión histórica cobra tal magnitud, que es difícil sintetizarla en un artículo gracias a las variadas y prolíferas facetas de su trayectoria nacional: ya como hombre integral, viajero y explorador, empresario de amplia visión, egregio soldado, a quien nadie le pudo hacer morder el polvo de la derrota; ya como activo diplomático y negociador, hábil reformador político y quizás el más grande estadista de Colombia del siglo XX como quítera que con dinámica creadora, la encausó por las sendas de la concordia, la paz, el progreso y la modernidad. En efecto, superó una de sus más terribles crisis, comparable en algunos aspectos a la de hoy, aun cuando más grave y profunda. Consideración que nos motiva en los cien años de la iniciación de su gobierno, a revitalizar energías con las cuales superar los enormes problemas que nos agobian y parecen negarnos la esperanza.



• Rafael Reyes

[La tenacidad de una tarea

Para evocar la personalidad de este gran colombiano, primero ilumina su recuerdo el escenario geográfico donde se asentó su familia y gestó su hogar hasta su adolescencia. El fértil y pintoresco valle de Santa Rosa de Viterbo, en el corazón de Boyacá. Pueblo rodeado de montañas coronadas de nubes, que se elevan al cielo como una plegaria, mientras los riachuelos cristalinos descienden



irrigando hondonadas y ubérrimas praderas que sus moradores laboran con paciencia y fervor para ganar el alimento cotidiano. Paisaje donde el espíritu absorbe aquella fuerza telúrica forjadora de la Patria, con la cual dos generaciones anteriores, la abonaron con el martirio durante la Primera República y la coronaron de gloria en las batallas de Gámeza, el Pantano de Vargas y el Puente de Boyacá durante la Campaña Libertadora de 1819. Escenario donde el general Rafael Reyes, forjó su cuerpo en el rigor del agro campesino para poder soportar sus extensas y fulminantes campañas e igualmente, perfiló su temple moral, al calor de una familia formada en las más puras virtudes católicas. D

e n m a r

«Hasta aquí, su obra le habría dado a Reyes el título del más grande explorador del continente suramericano después de los conquistadores. Pero el destino le guardaba otro camino aún más

en un cúmulo tradicional de valores como el respeto a la dignidad humana, el acato a la autoridad, la solidaridad social, la caridad cristiana, el orgullo de pertenencia familiar, la noble altivez, el trabajo honesto, el ahorro como fuente de riqueza, y en fin, la devoción a Dios y a la Patria, emerge el aguerrido temperamento del general.

De carácter energético e intrépido, alma aventurera y valor ante la adversidad, Rafael Reyes irrumpió en la vida nacional gracias a la confianza manifestada en sí mismo que sumada a su férrea voluntad, habilidad para negociar, visión para las grandes empresas, conocimiento del carácter humano y extraordinaria memoria visual, desarrollaron en él un sentido pragmático para las acciones. De ello dan prueba su generosidad con el vencido y su aptitud para el mando que fueron cualidades esenciales de su personalidad y que emanaban de un físico apuesto, arrogante, con finos ademanes y una atrayente simpatía.

Huérfano de padre a los tres años, no tuvo una educación profunda, aun cuando sí suficiente para que a los doce años ejerciera como maestro de escuela y secretario del juzgado municipal de Duitama, trabajo que le ayudó a sostener a su madre y aún ar para formar y acrecentar un tal propio.

El medio hemooso pero nústico y pobre de su comarca natal, fue demastado pequeño para satisfacer las aspiraciones que impulsaban su espíritu. A los 16 años quiso poner rumbo a Panamá atraído por el progreso del ferrocarril y las perspectiva del canal; o hacia California, donde el nuevo dorado hacía soñar a los hombres de todos los continentes. La estabilidad económica que su hermano Elias había logrado en Popayán y los ruegos de su madre cambiaron el rumbo del joven Reyes hacia aquella ciudad prócer, donde su habilidad empresarial y deseo de superación cultural, le permitieron hacer una fortuna y alcanzar mejor educación con el trato directo de los hombres notables de la ciudad, cuya inteligencia aún brillaba en el país con sus alcurnias y pergaminos.

Fue allí en sus solariegas casonas, Inspiradoras de nostalgias y ambiciones, donde entreteazó Reyes su deseo de realizar grandes negocios con la quina, explorar las elevadas cumbres del Macizo colombiano y la Inmensa jungla amazónica para abrir los caminos de su progreso personal y del desarrollo de su patria. A nadie se le había ocurrido tamaña idea, desde que 300 años atrás, el Indomable conquistador Francisco de Orellana acometiera el cruce de tan vasta y desconocida selva, desde la altiplanicie ecuatoriana hasta la desembocadura del Orinoco en Venezuela, donde llegó con una quinta parte de la expedición. Reyes la concibió y realizó, desde los Andes colombianos hasta Río de Janeiro, en medio de la fascinación de todo el continente, sin que escapara de ella el propio emperador del Brasil Don Pedro II, quien admirado lo recibió en su palacio.

A su regreso a Popayán contrajo matrimonio con su amada Sofia, a quien guardó fidelidad hasta después de su muerte. A pesar de alcanzar la estabilidad espiritual, que conduce al afianzamiento domiciliario, no tuvo Inconveniente, en los siguientes ocho años para repetir la hazaña amazónica y ampliarla por los ríos Caquetá, Napo, Ucayali, Yavarí, Yurúa y alto Paraná en los confines de Argentina, Bolivia y Paraguay, en busca de Intercomunicar a Sudamérica a través de su corazón selvático. Tan gigantesca empresa, era entonces prematura, como aún no ha dejado de serlo. Su declinamiento económico y la suerte de su hermano menor, devorado por los antropófagos huitotos, lo llevaron a abandonarla dejando gran parte de su capital enterrado en la manigua.

Hasta aquí, su obra le habría dado a Reyes el título del más grande explorador del continente suramericano después de los conquistadores.



Pero el destino le guardaba otro camino aún más glorioso: el militar. Cuando estalló la guerra de 1885, fruto de la utopía radical de persistir en el federalismo, ante la realidad social que a través del presidente Rafael Núñez, clamaba: "regeneración o catástrofe", el aventurero y empresario, se transformó en guerrero, pese a su aversión a la política y a la lucha fratricida. Como no existían escuelas de formación militar y las que se habían creado yacían entre las brumas de la guerra, jefes y tropas tenían que aprender el arte militar en el campo de batalla.

Reyes no fue la excepción, pero tuvo la ventaja de su trajinar por los escabrosos parajes de los Andes y la enmarañada selva amazónica, tan similar a la vida en



campaña. Bagaje con el cual asumió el mando del batallón de cívicos en el Valle del Cauca, para contrarrestar la traición de un cuerpo de la guardia colombiana al mando del coronel Márquez. En escasos dos meses con atrevidas, intrépidas y decisivas acciones tácticas, restableció el orden público y la paz en el Sur Occidente colombiano y con ello ganó sus primeros laureles militares y el mando de la Cuarta división del ejército del Cauca.

De tal suerte, cuando la revolución y la anarquía se extendieron al Istmo de Panamá, con su nefanda demostración en el incendio del puerto de Colón, hecho que provocó, conforme con el tratado Mallarino-Bidlac, la intervención militar de los Estados Unidos, el presidente Núñez, para quién Reyes era ya "vencedor de imposibles", lo escogió para debelar la situación e imponer la soberanía en aquella estratégica región de la patria.

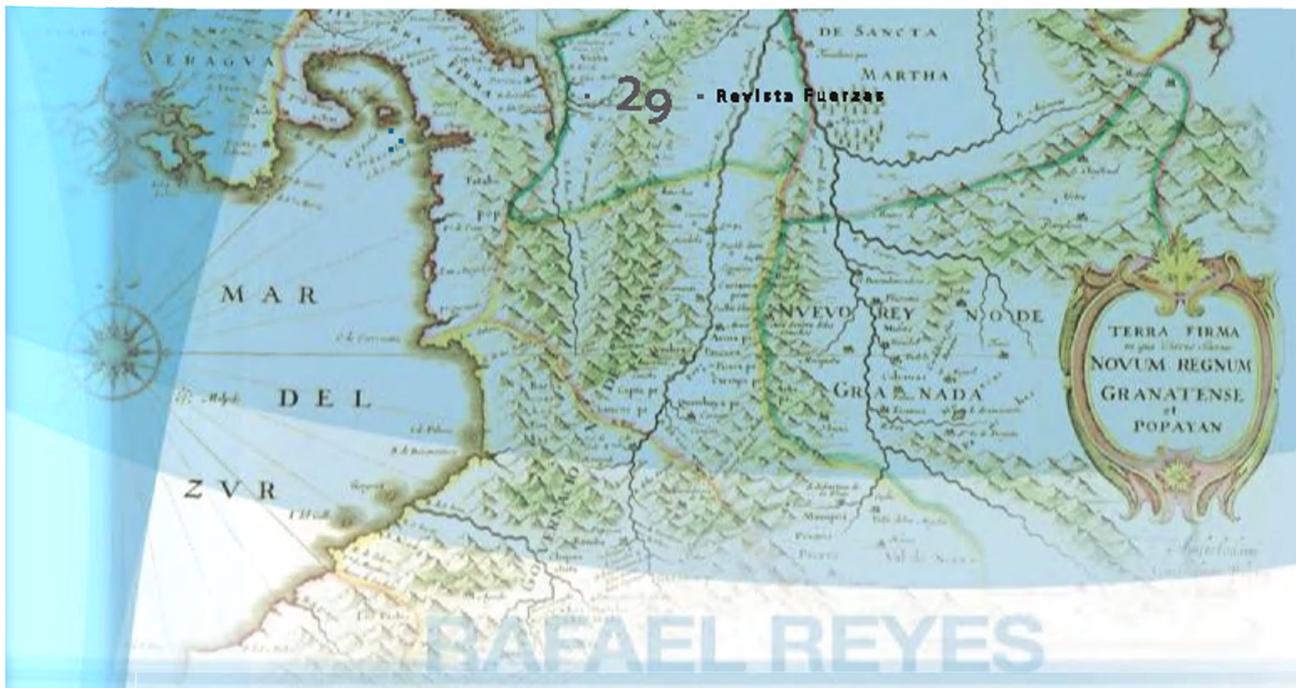
Demostó entonces sus grandes dotes de organizador, con la expedición que zarpó de Buenaventura hacia el Istmo. Allí arribó el 28 de abril y luego de superar un incidente autoritario

«Su espíritu conciliador buscó un cambio moderado y consensual que previniera la humillación y evitara la reacción del vencido.»

el almirante Jewitt, jefe de las fuerzas de ocupación, impuso la autoridad colombiana en Panamá y luego en Colón, donde ajustició a dos de los incendiarios de la ciudad en medio de la satisfacción internacional, la euforia de la población, el agradecimiento de los afectados y del gobierno.

Pero al culminar su misión de manera tan rápida como enérgica, no permaneció ocioso en el Istmo. Se movió hacia Cartagena, sitiada por los revolucionarios del general Gaitán Obeso. Llegó cuando el ejército rebelde había fracasado en el asalto general a la ciudad y se movía por el río Magdalena hacia la "Humareda", en busca del triunfo pírrico que lo condujo a su derrota decisiva. Derrota a la cual contribuyó Reyes con posteriores operaciones militares que desintegraron las agotadas fuerzas r e b e l d e s .

La pérdida del poder del liberalismo radical, generó un cambio político



tico, para actuar como delegatario por el departamento del Cauca a la Asamblea Constituyente de 1886, que redactó una nueva Constitución con miras a superar el peligroso estado de perturbación social y político a que había conducido al país la Carta de 1863. Su espíritu conciliador buscó un cambio moderado y consensual que previniera la humillación y evitara la reacción del vencido. Pero sucumbió ante la erudita, dogmática y severa oratoria de Miguel Antonio Caro, quien logró perfilar una Constitución conforme a su ideología, en todo contraria a la precedente.

Así pasamos de un Estado federalista y utópico de libertades ilimitadas para actuar, crear, escribir y comerciar, sin injerencias mayores ni cortapisas oficiales, que el gran Víctor Hugo de nominó «Constitución para ángeles», a otro Estado centralista, teocrático, proteccionista, autoritario, monopólico y excluyente, que obviamente terminó por exasperar a radicales, a los que eliminó de toda participación política, incltándolos con ello a una nueva aventura **g u e r r e r a .**

Tras la irritante separación del Istmo

Durante el corto interregno de paz que medió

misión oficial y a su regreso en 1887 fue designado ministro de Fomento, cargo en el cual puso su dotes empresariales al servicio de la Patria. Pero luego resolvió retirarse a la actividad privada, para rehacer su maltrecha fortuna, por cierto con notable éxito en el campo agropecuario y comercial.

Mas, excluido el radicalismo, sobrevino la guerra de 1895, que hizo brillar la figura de Reyes con caracteres heroicos. Quizás desde la Independencia, no había surgido un caudillo militar de sus exímias virtudes. En sólo dos meses y dos batallas a través del más veloz y extenso recorrido registrado en nuestra historia, logró aplastar la revolución. Veamos el desarrollo de la hazaña y su encumbramiento como gran capitán.

El alzamiento rebelde propiciado en el centro del país por el general Siervo Sarmiento, a mediados de enero de 1895, tomó a Reyes en su hacienda «Andorra de Tocaima». Llamado por el presidente Caro para asumir el mando del ejército del Gobierno, sólo

abastecerlo y motivarlo. El 28 de enero en las horas de la noche marchó hacia Facatativá y sorprendió en la madrugada a los revolucionarios en el cerro de La Tribuna, donde su valor y ejemplo fueron decisivos para desalojarlos de la posición, acosarlos sin tregua y obligarlos a capitular en el sitio de Chumbamuy por la
v f a a C a m b a o o .

Como nuevos alzamientos se generaron en la Costa Atlántica y en Santander, cuatro días después de la capitulación, el 12 de febrero, Reyes tomó el camino a Honda. El 14 llegó a Puerto Berrio, el 15 a la Bodega, el 16 a Magangué y el 17 a Cartagena donde fue notificado, que el alzamiento rebelde en Santander y el norte de Boyacá era apoyado por un ejército venezolano que había cruzado la frontera al mando del general José María Ruiz. En ocho días Reyes logró elevar el Ejército del Atlántico a 3.000 hombres, organizar la flotilla del Magdalena y garantizar la paz y la legitimidad en la región. Luego, con la tercera parte de tal fuerza retomó el río Magdalena aguas arriba, cruzó la montaña de Camarona y llegó a Ciénega el 1 de marzo, donde se enteró de la unión de los venezolanos a los rebeldes de Santander y su marcha al sur en busca de los alzados en el Norte de Boyacá, con los cuales conformarían un poderoso ejército para enfrentarlo al
s u y o .

Impedir esta unión era fundamental para Reyes. Con tal

astucia aprendida de los aborígenes del Amazonas y sus innatas condiciones militares, le permitieron establecer una valiosa red de espionaje y marchar veloz por Arboledas, Bochalema y Pamplona, cubriendo jornadas hasta de 80 kilómetros, de día y de noche, cruzando páramos con soldados de la ardiente Costa. Sólo unos pocos aguantaban su paso, pero les espera en el siguiente trayecto, donde se daba tiempo para levas de reclutas, acopio de alimentos y vestuario y enterarse de cuanto hacía el enemigo. En Pamplona supo que el general Ruiz había llegado a Málaga, distante un día de lograr unirse con el general Campo Elías Gutiérrez que había llegado a Capitanajo. Recuperó Reyes una jornada de 60 kilómetros por el camino de Mogorotoque y alcanzó a su adversario en Enciso, apenas con 1.300 hombres, el resto habían quedado rezagados.

Pero logró la sorpresa y el jefe enemigo, creyéndolo en Pamplona, marchaba sólo con su Estado Mayor a Capitanajo. Los primeros disparos lo obligaron a

«En ocho días Reyes logró elevar el Ejército del Atlántico a 3.000 hombres, organizar la flotilla del Magdalena y garantizar la paz y la legitimidad en la
r e g i ó n » .



devolverse en medio de la incredulidad y el temor, pero gracias a que las fuerzas de Reyes estaban exhaustas, Ruiz logró estabilizar el combate durante la mañana. Sin embargo, después del medio día, en la medida que llegaron el resto de tropas gobiernistas, al ímpetu de su jefe arreciaron el ataque, hasta poner en fuga a los rebeldes. Fuga por demás desafortunada para las tropas venezolanas, por cuanto al no portar en sombrero la tradicional cinta roja, sino la amarilla que identificaba a ese partido en el vecino país, el otro ejército radical que avanzaba desde Capitanejo abrió fuego contra los desbandados, creyéndolos

Tal fue la batalla de Enciso, fruto de la cíclopea velocidad de un ejército al mando de un gran general, que, en dos meses había recorrido similar distancia a la que cubrió el Ejército Libertador en la campaña de 1819 en cuatro meses. Mas lo sublime después, fue otra capitulación magnánima y humanitaria, en la que concedió pasaporte a jefes y oficiales de la revolución y a las tropas el regreso al hogar. Mientras Colombia no salía del asombro de ver la revolución más rápidamente debelada en su historia, que le había ahorrado vidas y esfuerzos en todos los órdenes. Por eso la capital de la República, sin distinciones políticas, lo recibió como héroe. Así lo expresó su adversario, el general Rafael Uribe Uribe ante el Senado: "no puedo dar mi voto por la espada del general Reyes por mi condición de vencido, pero tampoco puedo negárselo al vencedor magnánimo".

Después de la contienda, Reyes fue llamado al ministerio de Gobierno. Pero su espíritu conciliador no cuadró con el despótico del presidente Caro, quien, temeroso que su candidatura a la presidencia, amenazara su magna obra constitucional, le envió a París como Plenipotenciario de Colombia en 1898. Cargo que el héroe aceptó ante su repulsión a la guerra que veía inminente.





• Rafael Reyes



• José Manuel Marroquín



• Miguel Antonio Caro



• Rafael Uribe Uribe

Así, los hados del destino le jugaron mal a Colombia y a su héroe, por intermedio de don Miguel Antonio Caro, quizás el más ilustrado de los presidentes hispanoamericanos. Lo malo fue que su ilustración rayaba en el dogmatismo y se expresaba en la práctica en un fundamentalismo político por la Constitución de 1886, objetiva y acorde con la realidad social, pero en exceso excluyente y restrictiva de libertades básicas como la de pensar y escribir, que le mitad del conservatismo también quería revisar. Mas su creador le rendía culto como artículo de fe, y por eso se convirtió en su celoso guardián.

Con tal fin el presidente Caro tuvo que apelar a toda suerte de argucias políticas, como las del gobierno de los cinco días y luego a la elección de dos beneméritos ancianos patricios, el jurista Manuel Antonio Sanclemente que frisaba los 85 años, para la presidencia y el notable gramático José Manuel Marroquín, diez años menor, para la vicepresidencia. Con ellos esperaba continuar manejando los hilos del poder. Efectivamente, el primero, por razones de edad y de salud no pudo viajar a la capital a posesionarse, haciéndolo Marroquín, quien tomó en serio su papel de gobernante, no quiso seguir sus órdenes e intentó la revisión constitucional en entendimiento con el liberalismo. Caro, iracundo obligó al achacoso presidente a venir a Bogotá a posesionarse, pero al no resistir su salud la altitud y el frío de la Sabana, tuvo que trasladarse a Villota, Anapoíma y Tena. De tal forma arreó la hegemonía, mientras la camarilla ministerial con José María Palacios a la cabeza, llamado "el pájaro carpintero", iniciaba el desgobierno, ocultándole la realidad a Sanclemente y disponiendo de su sello facsimilar para hacer de las suyas con los nombramientos y el tesoro nacional.

Gobierno que llegó a excluir también el conservatismo histórico. Para que en compañía del liberalismo acometieran la tarea de hacer virulenta oposición, el primero de manera pacífica y pública y el segundo por la vía soterrada de la lucha armada. Así lo había pronosticado el general Reyes: "El régimen actual es una camisa de fuerza puesta a la República y tarde o temprano tendrá que romperla". Desgraciadamente, para Colombia la camisa se rompió con la más prolongada, cruel, desastrosa y devastadora guerra civil que registre su historia, la de los Mil Días. De la cual se sustrajo el general Reyes, tanto por su repudio al régimen como a la lucha entre hermanos. Prefirió servir al país en la legación de París, ya para contrarrestar su desacreditada imagen internacional o para preservar sus intereses económicos en la Nueva Compañía del Canal de Panamá, constituida en esa ciudad para transferir lo que quedaba de la vieja y quebrada Compañía de los Lesseps a los Estados Unidos, único país que conforme con la nueva teoría Imperialista del Almirante Mahan, necesitaba acometer la obra y tenía la voluntad y los recursos para llevarla a feliz

En la próxima entrega:

La gestión administrativa, el desentendimiento de las altas esferas y su encomiable tarea en la profesionalización del Ejército Nacional.

